

# DESPUNTES: DEL CRECIMIENTO Y LA FORMA DE LA POLICÍA DE LOS PATRONES

*Matteo Pasquinelli*

Los datos no son números sino diagramas superficiales, nuevos entornos cognoscitivos que inauguraron una nueva y vertiginosa visión del mundo y de la sociedad como un todo: el ojo algorítmico o visión algorítmica. Ya no se trata de la mágica *segunda visión* del Hombre Estocástico anterior a la era digital. La acumulación de números practicada por la Sociedad de la Información ha llegado a un punto en que los propios números se han transformado en espacio y han creado una nueva topología. La matriz digital se está transformando en un cosmos conformado por curvas y ondas más que por bits y cantidades: vectores de tendencias, grupos de patrones sociales, dorsales de anomalías y picos, manifestaciones concretas de inteligencia. Una nueva geografía colectiva, expuesta a la colonización.

La magnitud de esta revolución epistémica es comparable a los cambios paradigmáticos que la han precedido. Al igual que las revoluciones de Copérnico, Darwin, Newton y Einstein desplazaron progresivamente al ser humano del punto central, la revolución de Turing ha apartado al ser humano de la hegemonía cognitiva de dos maneras: por un lado, por la acumulación informativa, que excede la escala mnemónica humana; por otro, por un aumento de la capacidad de computación que excede la escala del pensamiento humano.

Los centros mundiales de datos reúnen continuamente conocimientos sobre el clima del planeta, los mercados de valores, las cadenas de logística y, en especial, las redes sociales de miles de millones de individuos. Los centros de datos convierten la información en la *Gestalt* de la inteligencia mundial.

Éstas son las nuevas tierras (o los nuevos cielos) de la política de la información. Un espacio como éste se presenta como una extensión de las antiguas instituciones de conocimiento y poder, aunque ahora éstas estén subordinadas a la complejidad y autoridad de la matemática. La base de datos es el nuevo archivo del poder, simbólica y políticamente. Si bien el Michel Foucault del siglo XX era capaz de hablar el idioma de los archivos que estudiaba, el Foucault del siglo XXI precisaría una compleja formación técnica para tener acceso a los archivos de su época. Vivimos en la era de los *señores de los datos*.

El andamiaje de esta nueva epistemología ha sido colocado de manera gradual y continua, siguiendo las ramificaciones graduales del *phylum machinarum* desde la época de la Revolución Industrial. Se trata de un largo proceso de ramificaciones tecnológicas que ha proporcionado un lugar a los datos dentro de la división del trabajo. El motor industrial, tal y como destacó el pensador francés Gilbert Simondon, dividió el antiguo trabajo manual en energía (la naturaleza) e información (el trabajador). La máquina de Turing dividió la información en datos y metadatos. La base de datos separó a éstos en patrones y vectores. Cada nueva máquina abría nuevos escenarios y creaba una nueva bifurcación: la sociedad industrial se ramificaba, dando paso a la sociedad de la información; ésta cedió ante la sociedad de los metadatos. Un proceso gradual en el que germinan nuevas formas de tecnología o, más bien, nuevas divisiones y multiplicaciones del trabajo.

Deleuze registró este cambio que marca el paso de la sociedad disciplinaria de Foucault a las «sociedades de control» basadas en «bancos de datos». En el espacio líquido de los datos, la modulación de las corrientes ha desplazado a la disciplina de lo físico. La norma (el patrón de comportamiento social) ya no se construye gracias a los archivos del conocimiento institucional, sino desde abajo, de manera

matemática. Las máquinas de Turing son «grabadoras» de patrones sociales; son máquinas cibernéticas que registran y miden población y producción, las máquinas «de la segunda síntesis» que han cortado y codificado las corrientes de la producción deseada, según Gilles Deleuze y Félix Guattari.

**S**i pudiéramos visitar el ciberespacio original de William Gibson, no veríamos en su panorama de datos los edificios de la realidad virtual, sino las siluetas de instituciones nuevas y abstractas. Este panorama era un «no-espacio mental» extraño que tenía que traducirse a metáforas más cercanas para ser accesible: patrones, agrupaciones, constelaciones, puntos nodales, vectores, ondas, declives, ejes, despuntes. Aunque los datos no crean un espacio dimensional, se convierten a la geometría humana para ser navegables, descubriendo geometrías sobrehumanas.

Los entornos de datos surgieron en forma de cuadrículas en los registros de los antiguos archivos: líneas horizontales que registraban el nombre de alguien y nombres verticales que daban forma y orden a distintos datos políticos: edad, sexo, clase, historial médico y delictivo, etc. Las cuadrículas del registro ampliaron sus horizontes con la burocracia del estado moderno. El encuentro de la estadística y los primeros ordenadores centrales dio a la base de datos una configuración política. La base de datos representa *matemáticamente* las formaciones de poder que Foucault registró *institucionalmente* en sus visitas a los archivos. En la actualidad, la categorización a nivel de seguridad de un «comportamiento asocial», por ejemplo, la computa una máquina en tiempo real: ya no es necesaria una taxonomía estable codificada disciplinariamente por la psicología ni la criminología.

Las bases de datos alcanzaron dimensiones planetarias conforme crecía la sociedad de redes. Ya sobre 1998 la primera base de datos de Google marcó el comienzo de una *sociedad de los metadatos*: una infraestructura parásita de centros mundiales de datos que crecían pa-

ralelos a la sociedad de redes, más conocida y, en principio, horizontal. Cada nuevo centro afianzaba la verticalización y privatización del capital cognitivo a escala global, y lo escondía, como en cámaras suizas, en los lugares más remotos del mundo. No es de extrañar que el primer centro de datos de Google se llamara *The Cage* («la jaula»).

La cuadrícula matemática de la archivística ha evolucionado desde una base de datos de estructura relativa (SQL) a una de estructura no relativa (NoSQL), en la que las conexiones entre elementos pueden generar dimensiones infinitas porque ya no están confinadas a una cuadrícula. En un espacio así de abstracto, los metadatos pueden dibujar cuerdas de patrones individuales y colectivos. El modelo pluridimensional del universo (sobre el que especulan la física y la teoría de cuerdas) serían útiles para popularizar el entorno de datos político y pluridimensional que crece paralelamente a nuestra realidad.

En 1980, Deleuze y Guattari describieron el poder de acuerdo con la oposición binaria de «un espacio plano frente a un espacio surcado de vetas; un espacio normal y uno sedentario; aquel en que la máquina de guerra se desarrolla y aquél construido por el aparato estatal». Diez años después, en «Posdata sobre las sociedades de control», Deleuze se daría cuenta de que el espacio veteado de los «banco de datos» será capaz de generar por sí solo un nuevo espacio plano. La cuadrícula de ese código binario comenzó a disolverse creando ondas. Su forma de poder es la *modulación* más que la disciplina, y su técnica de navegación, el *surf*, más que la enumeración.

De hecho, los grandes entornos de datos describen espacios curvos, los espacios curvos de la mente colectiva. Los datos no son números, sino *Gestalten*, estructuras convertidas en imagen: puntos infinitos que dibujan la silueta de una nueva Singularidad emergente contra el fondo de unos «datos que, en apariencia, no tienen sentido», como todos han aprendido a decir. Las colinas y ondulaciones son la agregación de patrones sociales, de picos; y los abismos nos dicen dónde surgen anomalías sociales. Es la topología plana de un poder nuevo.

La primera matriz electrónica ejecutada en el primer ordenador no era cuadrada, ya estaba corrompida por la vida. El universo de autómatas autorreplicantes, introducido por el matemático Nils Aall Baricelli en la computadora IAS de la Universidad de Princeton el 3 de marzo de 1953, suponía una imitación de la evolución de la vida por parte de lo digital. El universo de Baricelli lo conformaban solo 512 células y, aun así, por primera vez, la matriz llegó a curvarse. Echando la vista atrás, quizá actualmente nos hayamos vuelto todos autómatas de una matriz social más grande.

Durante las últimas décadas, matemáticos e ingenieros han trabajado para traducir y visualizar la información surgida de conjuntos de datos caóticos para tomar una u otra decisión. La policía ya utiliza algoritmos (PredPol) para prever la delincuencia en las grandes ciudades. A esta nueva disciplina se la llama a veces analítica social (sobre todo desde la industria del mercadeo), pero sería más correcto llamarla policía de patrones.

La detección de anomalías a escala múltiple (ADAMS, por sus siglas en inglés) es un proyecto con un presupuesto de treinta y cinco millones de dólares encuadrado en la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzada para la Defensa (DARPA, por sus siglas en inglés) diseñado para identificar comportamientos anómalos en los inmensos conjuntos de datos de grandes instituciones como el ejército de los Estados Unidos, y las amenazas potenciales provenientes de sujetos como «un soldado mentalmente sano que se transforme en un homicida, un suicida o un ciudadano inocente que dé muestras de maldad». La ADAMS aspira a predecir *anomalías* en los flujos de datos monitorizando el tráfico de correos electrónicos, la geolocalización de los móviles, las redes sociales, la actividad bancaria, etc. De hecho, es el mismo enfoque que se aplica en la actualidad a cualquier campo de Inteligencia.

«Los dos polos epistémicos del patrón y la anomalía son las dos caras de la misma moneda: la gobernanza algorítmica. Una anomalía

inesperada se detecta sólo contrastándola con un patrón regular. De modo inverso, un patrón surge únicamente cuando se da una equidistancia entre diversas tendencias.» También el género, la raza y la clase son patrones que pueden surgir de conjuntos de datos y que se ven reforzados cuando se los somete a una computación.

La anomalía responde a la definición foucaultiana de lo *anormal* en la era de los metadatos. En esta sociedad, la norma de comportamiento no queda regulada por protocolos policiales ni instituciones estatales, sino que se computa con algoritmos desde la base. Más recientemente, los algoritmos de aprendizaje automático (*machine learning algorithms*) han comenzado a operar como una burocracia automatizada que refuerza silenciosamente los patrones de conducta más predominantes. Se ha convertido en una norma que surge en tanto que patrón computacional. Es una *norma computacional*, no una norma institucional.

La anomalía social surge, pues, en forma de repunte, de pico en el entorno de datos. El pico adopta la apariencia de una onda entre la planicie del entorno de datos relacionado con la inteligencia del poder. Es una prominencia obstinada, rebelada contra el orden geométrico, las apacibles ondas y los patrones normalizados. Supone una Alteración en el horizonte social de los metadatos, la traducción a un lenguaje topológico de un impacto al cuerpo (o la mente) colectivo.

Lo que apuntó en su día el filósofo francés Georges Canguilhem sobre lo anormal puede aplicarse a la detección de anomalías: «la anomalía, aunque por lógica ocupa un segundo orden en relación con un patrón, es en esencia, lo primero».

La detección de anomalías se ha convertido en la nueva paranoia de los aparatos de control en su intento espasmódico de adivinar patrones razonables de los «datos sin significado aparente». Una voracidad de esta índole suele resultar en casos de apofenia, es decir, el hecho de reconocer una imagen, un rostro humano, un patrón, donde no hay ninguno. En Paquistán ha habido bodas que han sido objeto del ataque de drones porque se parecen (o tienen el mismo significado a nivel de

datos) a una «reunión de terroristas». La apofenia es un espejismo, o un delirio, en la superficie siempre activa de los entornos de datos.

El nuevo dominio de los datos, la magnitud de los llamados *big data*, y la geografía de las redes sociales describen más que una nueva forma de poder: una matriz donde los agentes sociales a menudo desempeñan papeles políticos y narrativas que han sido diseñadas para ellos. La detección de anomalías produce paranoia en ambos sentidos: en los aparatos de poder y en las estructuras de resistencia al poder. Mientras que las antiguas técnicas de vigilancia ponían en peligro su propia contravigilancia, estas nuevas técnicas de modulación social hacen peligrar sus propias contramodulaciones.

«¡No despuntéis!» parece ser la orden que ha de acatar una nueva generación que crece bajo la supervisión de algoritmos mecánicos que registran constantemente los *modus vivendi* de la totalidad de la población. «¡No despuntéis!» resuena en las aldeas de Afganistán, entre personas que saben que cualquier desviación de su rutina diaria puede ser interpretada, por parte de un dron con visión algorítmica, como una amenaza. «¡No destaquéis frente al algoritmo!» es el nuevo instinto de una multitud dócil que ha asimilado comportamientos antialgorítmicos: el miedo de buscar demasiadas veces una misma palabra en un motor de búsqueda, por ejemplo, puede ser interpretado como rasgo de un perfil psicológico concreto.

La paranoia algorítmica puede introducirse en la estructura de nuestra filosofía y crítica teórica, al mismo tiempo que nosotros mismos nos vemos muchas veces como meros algoritmos.

Quizá cuando uno ha mirado demasiado tiempo hacia el abismo de los datos, éste le devuelve la mirada. ¿Cuánto espacio queda para arquitecturas cognoscitivas alternativas, para otras pedagogías o epistemologías? En el *Neuromante* de Gibson, el ciberespacio de los datos era un universo animista y precisaba habilidades chamanísticas, astucia inconsciente para la abstracción y metanfetaminas; sólo así podía el individuo moverse y luchar dentro de él.

¿Cómo enfrentarnos a una forma de poder que absorbe los datos sociales igual que un ciclón el agua de los océanos? ¿Cómo afrontar

los monopolios planetarios sobre la computación sin tener acceso a centros de datos o recursos computacionales? Paralelamente, ¿cuánto realismo hay en las tácticas de ofuscación y engaño a largo plazo? ¿De verdad la invisibilidad es por necesidad la mejor estrategia? ¿No podemos trastocar el entorno de datos y exigir su autonomía política, tal y como ya hace el activismo de datos?

¿Dónde podemos escondernos del ojo algorítmico, un ojo que ya no controla a individuos sino a *coindividuos*, a patrones colectivos sacados de nuestras huellas digitales, de nuestros *dividuos*? «Nadie os lee el correo», nos asegura la Agencia Nacional de Seguridad estadounidense (NSA, por sus siglas en inglés): no es más que una máquina que tritura vuestros metadatos. No obstante, es ya patente que «los metadatos representan el cambio a un nivel dimensional superior y distinto en relación con la información: revelan la naturaleza colectiva y *política* intrínseca a toda información». Hay gente que ha muerto debido a la presión de los metadatos.

Este repunte puede verse desde dos perspectivas: desde el punto de vista del poder, como una conducta anormal que debe modularse; o desde el de la inteligencia colectiva, en que implica el nacimiento de una nueva pauta supernormal, señal de una nueva forma de vida sobrehumana. De hecho, los centros de datos ponen en vigor una perspectiva revolucionaria y extraordinaria sobre la mente colectiva cuyo control político debe cuestionarse. Nadie puede abandonar la construcción de arquitecturas cognitivas más complejas.

¡Despuntad! ■

*Traducción del inglés de Carlos García Varela*